

Caminos de la Jungla

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Caminos de la Jungla (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Empequeñecido en las distancias que se remataban con feas pendientes, el comandante Francisco Guerra habilitó un sendero que le pareció el mejor. Se concentró en esa tarea antes de que la llegada de la noche lo obligase a parar. Esos frondosos caminos servían como una gran metáfora para cruzar las cárceles del alma, y precedían al avistamiento de pequeños arroyos. La intención era denunciar con denuedo a la injusticia, hacer los quebradizos movimientos que imitaban a aquellos bestiales que se hacen en la guerra, saber quién se era y si alguno hacía trampa.

La presencia de los cuatro en ese comprimido punto de la selva no resultaba evidente al mundo exterior; habían accedido a ese entorno primitivo, franco, y a veces infame, que no dejaban que gravite en sus almas. Recorrían lo que se les presentaba con ímpetu, efectuando directas referencias a las contradicciones que articulaba la civilización espuria. Ahí no existían versiones canónicas ni académicas de la realidad, sino la fastuosa vegetación y más de sesenta kilómetros de recorrido en los que había que orientarse con propiedad.

Se habían lanzado a vértices que reunían una gran variedad de posibilidades, con el afán de asegurarse un lugar entre los mortales, o al menos no ser proscritos de sus experiencias culmines. Con un poco de sacrificio, se depurarían de sus innatas perezas y la gloria obtenida no sería algo menor. Optarían entre el progreso que era un puente de hierro, o por el abismo que siempre estuvo en la premeditada narrativa de quienes los querían manipular. Esos jóvenes llamados a la milicia venerarían los más altos principios sin hacer asustadizas declaraciones.

Dentro de esa congestión de verdes y violetas, de la rítmica revitalización de los matorrales, la jungla aparte de ser un asunto excesivo, había sido preparada de antemano por el comandante Guerra para ser andada cómo un subterfugio a vencer; se trataba de una inexpugnable fortaleza y la maldición que enfrentaba al hombre consigo mismo, y lo tornaba pálido o violento mientras lo empujaba a mascullar ásperas palabras. Sus inconfundibles e indudables virtudes hacia que nadie virara por la ambigüedad.

Superar esa tensión fue la promesa que Francisco Guerra le dio a su tropa. Le dio “la unción arquetípica de un ideal que nunca recibirían los que practican al mercantilismo sin bandera”.

Ese comandante quería inculcarles sus inmediatas aspiraciones y observar las capacidades de resistencia de esos reclutas con el objetivo de que ingresen por la puerta al eterno dilema que plantea el destino... esas suertes raras que azotan a las personas.

Guerra que se exhibía como un buen tasador de los hombres y un sabio que participaba en lo popular, encabezaba esa mañosa expedición que serviría tanto para crear esperanzas como aprender a combatir al engaño. Siguiendo a su arbitrio experimentado dirigía a los que tenían el don hereditario de la flojera. Su designio era que echaran sus mentes sobre cuestiones complejas, se alejaran de silogismos melancólicos, y se convirtieran en guerreros que nunca desentonarían con su jefe.

Los hacía pasar por áreas pantanosas, con el previsto criterio de aproximarse a un pueblo primordial, en donde se recopilaba a lo importante. Sólo su instinto le diría cuándo convenía desembocar en este, mientras evaluaba cada detalle de lo que había en los alrededores, y cada vocablo suyo se encadenaba a un cúmulo de enseñanzas indestructibles.

Ese laberinto de inagotables manifestaciones salvajes, incluía a cuatro soldados que no cargaban con la angustia de quedar a la deriva, sin que existiera la posibilidad de ser rescatados. La selva los tenía que sugestionar como una musa, y debían tratarla como una mujer de lengua larga que insinuaba rarezas, y no como si fuera una que en un ríspido descuido la echarían a rodar en una cama hecha con vegetaciones.

Esa marcha había sido preparada para ameritar la incorporación de dos nuevos reclutas al ejército del pueblo; dos mozos que dejarían atrás a valores culturales ambivalentes, y volcarían las lavas volcánicas que sacudía a sus corazones, con la advertencia de que cualquier señal de desaliento o ternura sería similar a no ajustarse al aprendizaje.

Guerra era un combatiente por la libertad (así se entendía), uno de los que, anegados por el ejército regular colombiano, intentaba contrarrestar sus fastidiosos cercos para, con su pequeño escuadrón, resurgir en zonas controladas por la FARC. Con esa simple acción decantaría cual era al temple de los suyos, y se demostraría el poder que asoma en los hombres cuando se subordinan a un tenaz líder.

Ese comandante abogaba por una perfección que no era ficticia, y se encaminaba a hacer largas transiciones con la finalidad de estimular buenos hábitos. No había enemigos que se ubicaron en esa posición, pero

lo concerniente era imaginar que estos se agazapaban en un cercano horizonte, en una de las tantas proliferaciones del Amazonas.

El hombre repasó con la mirada al lugar que estaba conformado por vegetaciones lustrosas y pozos húmedos. Discernía a los diferentes matorrales mientras mantenía el control en el grupo. Llevaba un cinto ornamentado con intermitentes estrellas de un amarillo furioso, junto a granadas de alta percusión en sus costados, y una metralleta que colgaba en su hombro. Era un militar que disparaba flechas de indicaciones con la intención de crear frenesís en los suyos, ya que por su calidad de comandante era el único capaz de refrendar como serían las cosas.

Su presunción era encerrarse en conjunciones amplísimas de matorrales, rotar en algún punto que estaba al sur, y así emplazarse dentro de una superposición geográfica que los arrojaría al sector guerrillero del campo. Entonces, el comandante Guerra se desentendería por un tiempo de las fajinas para sopesar precavidamente al valor de esos nuevos afiliados. Estudiará a sus méritos, el amor que sentían por la Causa, y sus rasgos distintivos. Esa era la atribución que le correspondía por ser el árbitro de expectativas deslumbrantes.

Sin embargo, para Leopoldo Sanattores y Román Pacheco, ese entrenamiento se trataba de un atolladero interminable (aunque era una condición necesaria para ingresar al ejército revolucionario). No guardaban la intención de mantener la sobriedad en esos montaraces contornos, aunque les fue avisado que esas distancias permanecerían para siempre en sus memorias.

Lamentablemente, no ponían suficientes energías en diezmar las dudas del comandante Francisco. Enhebraban sus voces a bromas y burlas, se reían ruidosos de sus tontas humoradas, y en los retorcidos troncos de los árboles creían avizorar a eróticos cuerpos de mujeres que espontáneamente los sugestionaban a que se enreden en sus delicias.

Para ellos, las disciplinas de Guerra eran un retroceso frente al feliz caos que les brindaba la libertad. Cometían recurrentes errores, y se atolondraban más al presumir que habían adquirido a un buen juicio que tomaba como base a esa incongruente topografía. Interiormente interpretaban a sus interacciones con la selva como una lucha contra la estupidez y el tedio.

Los subalternos de Guerra en esa descomedida misión de reconocimiento fueron Leopoldo Sanattores, Román Pacheco, y Leticia Framiyon. La mujer estaba ahí como paramédica auxiliar por si surgía un cuadro de emergencia. Juntos se habían adentrado en ambientes toscos y cerriles, en los que de a poco se agotarían los víveres y se incrementarían los

desfalcos propiciados por la salvaje naturaleza.

II

Dentro de un misticismo conformado por subrogaciones, apareció Román Pacheco durante una fugaz rotura de la luz, entre los repelentes troncos podridos que habían sido carcomidos por hongos de un voraz verdor. Con sus labios tarareaba una coyuntural canción que no se entendía, no se cuadraba, y sus brazos caían irresueltos a pesar que en un culminante momento de tosca inspiración intentó hacer una venia.

Había retornado de otro sitio cómo si se estuviera inmerso en una furibunda responsabilidad, y resumió a la tensión propia del que se encuentra en el medio del caos. Quiso declarar que estaba a favor de la Independencia, pero terminó jurando que degollaría a cualquier enemigo que se le acercase para pedirle un cigarro. Su estrategia se debía a que poseía un tesoro inopinado e indecente que no consentía que pensase en derrotas, y lo mantenía huyendo, pero de pie, y sin que los apretados encierros de esa cochina selva le infundieran pavor.

De golpe, hizo una jugada que no fue preconcebida, pero, sin duda, se debió a su urgencia de aproximarse a cuantiosas bestias terribles que por momentos eran violentas, pero cuando se dilataban por los espacios se tornaban enigmáticas. Se sintió atorado, pese a no cobijar miedos íntimos, sino a la elemental ferocidad que posee quien cesa de hacer cuentas y no cree en las burdas enumeraciones.

Sus groseros murmullos hicieron que los demás se pusieran en guardia, y esperaran tranquilamente a que se pusiera frente a las miras de sus rifles que estaban más allá de los cambiantes titileos que el cercano arribo de la noche producía. Podía ser que quién irrumpía de esa forma no fuera un ser parlante, sino uno de los habitantes de la jungla que hinchaban sus pechos cuando prorrumpían en rugidos. Pero resultó sorprendente escuchar a su gorgoteo incansable, y con ese método se determinó a su risible forma, y esta, a su vez, sirvió para dar el aviso de bajar las armas.

Con un secreto júbilo, Pacheco bebía con el designio de que algunas nostalgias épicas que rondaban por su mente lo abandonasen, y no lamentar más por la incontestable crueldad de los tiempos. Aquello tan cándido como la sed, describía al abrumador vacío del joven que aspiraba a inventarse en pocos minutos a una gran honra dentro de la fragante disolución.

Eso no fue tenido como una presentación aceptable; ese miserable catecúmeno de soldado había cumplido con el cometido, nada inédito, de emborracharse. Instauraba dulzones sabores en su garganta cómo una pasmosa manera de ordenar su interioridad. No evidenciaba estar en posesión del espíritu necesario para enfrentarse con esas vastedades en

donde no se contrabandeaba ni una gota de alcohol, y había que instalar campamentos con tranquila asiduidad.

Embarcado en una rabia que trascendía a cualquier loable explicación, Román Pacheco se sentó ardiente y majestuoso en las faldas de un árbol, abrió otra botella de champagne francés (de la media docena que aún cargaba en su mochila), y bebió hasta que la necesidad de respirar hizo que cediera la botella al aire. Entonces observó cómo los demás lo miraban azorados, y sin hacer caso a sus monótonas interjecciones emitió la perpetuidad de un eructo. Como no tenía demasiadas energías para encararlos, decidió permanecer en la indiferencia de esas sombras.

Sin corresponderse con la avaricia de Pacheco (más bien molesto por su egoísmo), Francisco Guerra no hizo rodar una variedad de palabras; sólo amenazó a Pacheco diciéndole que, si no compartía esa carga, sería mordido indiscriminadamente por polvorientas arañas que le producirán un dolor que nunca se evanecería. Esa instrucción fue solemnizada mediante el duro estupor que se notaba en su rostro, cuyos labios se expandieron en una longitud considerable, aunque no tomaron una dirección similar a la que conforman las sonrisas. Enseguida, se tituló el papá de una primitiva horda, alguien con la voluntad de curarlos o destruirlos, pero que jamás los apañaría. No estuvo dispuesto a consentir esa impertinencia que además no había sido transparente.

Así, confiscó las botellas del descarriado, y con estas se dispuso a reconstruir al espíritu de cuerpo, es decir: a la amistad de aquellos que se exaltaban proclamando que la unidad era el valor esencial de la guerrilla. Los otros miembros del grupo extraviaron sus facciones en las botellas, y bebieron sintiendo un irremediable desdén por quien se había hecho pasar por desaparecido con el objeto de disfrutar solo. La insurrección de Román Pacheco finalizó con el compromiso de Guerra de echar sobre este a una mayor vigilancia.

Sin encenderse en dilemas, el jefe de la expedición plantó su rostro en dirección al sur, rechazó que habría profanas consecuencias en la marcha de esos soldados, y se investió del tradicional clamor del comandante que dirige a un batallón que es capaz de repeler en minutos a cualquier enemigo. Pronunció vivificantes lemas que eran el resultado de imaginarios montajes de la Victoria.

Francisco Guerra pasaría esa noche tendido con Leticia Framiyon, que, si bien temporalmente cumplía con el rango de paramédica, más adelante accedería a una jerarquía mayor. Con ella se enlazaba en el suelo después de que, con adagios tristes, le hablaba de su tierra natal en donde siempre hubo atareados campos y escasa población.

Con el arribo de la tenue oscuridad, la mujer desenrolló un mantel, abrió los enlatados que comieron acompañándolos con el champagne de

Pacheco que había quedado, y preguntó a viva voz si los reflejos del comandante Guerra eran certeros, y si cabía alguna duda acerca de su sobresaliente liderazgo.

Los jóvenes manifestaron que esos puntos eran indiscutibles, y juraron no prestar atención a las incomodidades de ese traslado. Prefiguraron un esquema de acción que se acoplaba con fidelidad a los clichés de Frambiyon. Esta era de piel era negra, rasgos europeos, y sus finas sonrisas subrayaban la belleza de su rostro. Su cuerpo era muy deseable, y cuando caminaba con su particular dejadez, producía efectos en los muchachos que no cabían dentro de la definición que se le da a la serenidad. Al verla interrumpían sus carcajadas, y se ahogaban a unos pocos y desesperados suspiros.

Francisco Guerra hizo gala de la excelente reputación que lo acompañaba desde el principio, cuando se enroló en la guerrilla. Había irrumpido, impasible, en ambientes de esencias fantasmagóricas, y completó su primer combate en zonas de montañas de donde expulsó a campesinos que profesaban doctrinas bochornosas. También contó cómo después de abrirse paso por las inundadas márgenes de un río, ejecutó la sentencia de muerte que pesaba sobre un traidor. Lo hizo maravillándose por su estoicismo, por la coherencia con que no había aceptado otorgarle una bienhechora excepción, ya que su fría inteligencia no tenía nada de errática.

Las acciones de Guerra habían sembrado pronunciadas barbaries que coincidían con la fórmula con que debían ser rectificadas las desviaciones (por cierto, en general no daba a conocer su verdadero nombre, y se lo reconocía a través de alusiones formales y apodos). Al igual que sus superiores, sostenía que era mejor cortar la cabeza de un inocente, a que, por pasividad, intercalados espías originasen peores infelicidades o catástrofes. Había hecho su carrera con mayúscula dedicación, y se había convertido en un experimentado militar para quién la selva no tenía misterios.

Después de emprender esa sutil adoración de sí mismo, proclamó hallarse en el medio de la jungla amazónica con la intención de endurecerlos, y perfeccionarlos cómo hijos de la Revolución. Pacheco y Sanattores pertenecían al Pueblo y recibirían las enseñanzas a las que tenían derecho sus combatientes.

Francisco Guerra hablaba con Leticia (aún en la intimidad) con términos acordes a las estructuras verticales de mando, favoreciendo a los reputados estereotipos que habían sido contemplados a partir de las rasposas proximidades de las numerosas guerras. Si bien eran amantes, tenían que dirigirse el uno al otro con un distanciado tono de voz que se trataba de lo atinado para no disipar la carga simbólica condensada en la autoridad de Guerra. Jamás fragmentaron a ese principio a causa de sus

experiencias personales, ni se brindaron un trato especial. Francisco Guerra sentía horror a que algunas larguezas sentimentales descompusieran al entramado de su poder.

De acuerdo a su interpretación, la guerra era la solución completa a la embrollada situación del pueblo. Porque siempre primaba lo simbólico sobre las concretas muertes y las consagradorias destrucciones. Lo espantoso no era matar, sino que la ideología que apuntaba a multiplicar las muertes, se reblandeciera, o que a las adamantinas ideas se las mezclara con otras que no tenían una real sustentación.

Y unos cuantos días fueron corregidos de esa forma por sus discursos, hasta que el comandante cayó sepultado por una tos seca de una gravedad que no había sido idóneo en imaginar. Un proceso erosivo se inmiscuyó en su cuerpo, y su mente se redujo a ser un frágil envoltorio que apenas conservaba unas pocas palabras. Fue una pesadilla que devoró a sus sueños, y lo empujó dentro de los altos muros de soledad que edifica el dolor. Ya no daba comuniones patrióticas ni establecía una identidad común, sólo le acompañaba el padecimiento como una realidad irreductible.

Al internarse en lo que Leticia coligió como una enfermedad infecciosa, Francisco Guerra, por un tiempo, se abstendría de participar en lo que se suscitaría en el exterior de su tienda de campaña.

Pronto, su mente no indagó en las filosofías de la guerra, sino que se llenó con las indolentes abstracciones tan frecuentes en los caídos; observó que la nada reemplazaba a la multitud de asuntos que solían entusiasmarlo. Irradiaba una fiebre que le representó disminución y fatiga, y se indignó por tener que yacer a la sombra entre dos neófitos que se insultaban el uno al otro, y debido a sus ineptitudes podían hacer explotar una bomba que le dejaría el estómago abierto.

Le nació el presentimiento de que esos dos arruinarían los arduos ideales que durante ese viaje había juntado con tanto ahínco, o que harían una despatarrada serie de errores que lo enterraría en el fagocitado manto de la jungla. Pacheco y Leopoldo Sanattores funcionaban con mucha torpeza y habían sido bastante improductivos en las tareas que les había asignado... pero probablemente se enmendarían a causa de los porrazos que pegaba el tiempo a los que se ponían bajo su égida.

Lejos de sus soliloquios, ocurrió, un poco más adelante, que Sanattores le dijo a Leticia Framiyón (como una exigua defensa) que tenía el derecho a mirarla a pesar de ser un pobre campesino y no un poderoso burgués, y que, si anclaban sus voluntades en satisfacer algunos apetitos, se fortalecería la igualdad en un plano práctico. Junto con Pacheco se propuso convencerla de que no había establecidos límites entre las fábulas y el amor, y al demostrarle que no habría desaplicación en sus ideas, se

reveló a sí mismo como alguien lleno de exageraciones.

Hasta esos momentos, Leopoldo Sanattores se había puesto un tanto al margen de las idas y venidas estrafalarias de Román Pacheco. Tenía una personalidad más centrada que este, y parecía poseer un mejor dominio de sus impulsos. Pacheco solía desvirtuar lo ordenado por el comandante, efectuando por su cuenta eventos que entendía imprescindibles; Guerra estaba por descartarlo como "combatiente por la libertad", pero con respecto a Sanattores había llevado a cabo sucesivas especulaciones... tal vez ese joven enorme, de mandíbula cuadrada y rostro amplio, era apto para pelear.

Pero más allá de las estupideces que salieron de sus bocas, o de las desordenadas paleadas que hacían en ese espanto de lodo que era la jungla (en la que incluían además de una rígida religión, a noches de parranda), ambos se consustanciaron con la idea de poseer a la mujer. Para Pacheco, su interés por Leticia fue la imprevista consecuencia de que el comandante se hubiera fatigado hasta la saciedad, en cambio Leopoldo daba a sus emociones una mayor trascendencia.

Los dos, cuando la veían transitar le arrojaban manos con turbulentos apresuramientos.

Al desfallecer el hombre, esa mujer se transformó en una obsesión que les recorría el cuerpo como la corriente eléctrica. Las sensatas lecciones de supervivencia que recibieron de ese comandante, no se comparaban con las oscilaciones de las caderas de la mujer, y con gestos dignos de ser comprendidos, al mirarla le surgían inhospitalarias lágrimas que hacían brillar a sus ojos.

Y hubiera sido el colmo para las águilas que el cazador marcara sus vuelos para destrozarlas, o que la mujer respondiera a sus convicciones amorosas con burlas, o bien que frente a sus presencias hiciera catarsis malignas. Los constantes juegos, el suspenso, y una natural tolerancia, hicieron que Leticia no alzara la voz ante sus atrevimientos.

También era cierto que el cazador estaba sumergido en otros mundos. El comandante se sometía a rarísimos sueños en los que construía una bizarra catedral, o era el gran Maestro de una orquesta cuyos músicos tocaban a desgano, y si bien él efectuaba los mejores acordes, sus esfuerzos eran desatendidos y no encontraba beneplácitos ni aplausos en su audiencia.

Así, la mujer y los dos jóvenes se vieron beneficiados por esa situación dentro de algunas de las fronteras abiertas de la selva en la que convivían a mansalva multitud de criaturas lascivas, y había muchos páramos en donde discurrir sin sobresaltos a las larvadas pasiones. Las enormes vegetaciones tapaban la visual, y los abundantes pájaros asentían desde los altos a los forcejeos que en turnos los dos hacían sobre

Leticia. Habían entendido que la única manera de romper con la esclavitud de los deseos era dándoles carta blanca.

Aquello sucedió con espontaneidad, y sin que hubiera capitulaciones raras ni tesituras violentas, pero fue algo que no hubiera sido forrado con el envoltorio de lo real, si no fuera por el novelado contenido del destino que arrojó al comandante a una somnolienta inmovilidad dentro de las protectoras lonas de su tienda. Al terminar, se aseguraban que la historia seguiría siendo la misma, y los dos jóvenes y la mujer se reconvertirían en lo que habían sido.

III

Al fin, luego de unos días Francisco Guerra se levantó de su colchoneta y se colocó bajo el horizonte bordado de rojo, como el militar de alto grado que se presentaba al campo de batalla en forma teatral. Ese parte del día tenía un intraducible esplendor, y el hombre declaró que exprimiría el máximo jugo a sus horas. Recomenzaría sus faenas más allá de la interrupción (o de la trivialidad) a la que había sido subordinado su cuerpo. Superados las rígidas circunstancias de su reclusión, le retornó el entendimiento junto con el anhelo de finiquitar la escueta meta que había sido fijada para esa expedición.

Ya no se sentía mal, y dio a sus subalternos equidistantes saludos, aseverándoles que destruirá a los potentados que hicieron fortunas dentro de la ligereza de hacer negocios con los que tenían cargos políticos gerenciales. Además, crearía en cuestión de horas, y en ese mismo lugar, a una maravillosa afinidad ideológica. La selva seguía sirviendo como plataforma para construir denodados caracteres en esos jóvenes que tenían tendencia a la indocilidad. Además, ardía por llevar adelante otros proyectos y no quería retrasarse.

Guerra, cuyos ojos se entrecerraban permanentemente, tenía una rara deformación en su pulgar derecho, y a menudo bajaba su frente taciturna con el objetivo de recordar antiguos lemas, no quería que los pensamientos de los jóvenes fueran invadidos por gambitos pueriles, ni que se desconectaran del plan revolucionario. Por lo que les pidió que hilvanasen comentarios propios, y así chequear que no se hubieran instalado vergonzosos conceptos en sus mentalidades.

Una hinchada satisfacción se expandió sobre su cuerpo al absorber una buena cantidad de aire con sus repuestos pulmones. Seguía poseyendo al celo de quién había sido asignado a un importante puesto de lucha, y también la balanza que medía a los buenos y malos actos... o si existían trasposiciones caníbales de intereses.

El rostro del cielo se divisaba brillante, y aún no se asomaban huellas de lluvias que, según los pronósticos meteorológicos propagados por la radio,

lo haría llorar a rajatabla (en algún momento el agua caería con fornidos retumbes, y debido a su avidez, el intenso verdor que se encontraba a la vista se transformaría en un pantano). Pero por entonces, principió la descompostura de Sanattores. Este acotó sus tareas e hizo asombrosas insinuaciones, sin querer ver que con esos descuidos se emparentaba con el trastrocamiento. Tal locuacidad era parte de su imparable temperamento que, pese a ese entrenamiento selvático, no se había moderado. Sus deshinchadas palabras denunciaban remotos goces. Se le había atravesado en su mente como una increíble obsesión, que de ahí a un tiempo no vería más a Leticia. Y temía andar por las brumas de la selva con semejante incertidumbre.

Dentro de eso tan parcial, Sanattores se había aliado con el que alegaba retos inútiles y cuentos que fraccionaban la credibilidad del comandante, y con éste (Román Pacheco) contradujo a los postreros tramos de la marcha. Sin querer desplegó hirientes opiniones acerca de la elocuencia de Guerra, debido a las exageradas torsiones de sus historias, aunque más que escéptico se hizo dubitativo. Los intensos retrasos habían hecho que se le acabase el encomio, el respeto, y también la cautela.

Después, y debido a sus subliminales enconos, se perpetró con otras encendidas intenciones. Cuando despertaba, entre mugrosas fibras de escarabajos, creyéndose un axiomático héroe, se le escapaban vocablos que oscilaban entre lo furibundo y lo osado, y con sus manos sucias tocaba al prominente mundo que lo rodeaba, mientras clavaba su vista en Leticia, en su elevada espalda, sus tiesos muslos, y en el resto de sus placenteras fiabilidades. Sin pudor se acercaba a donde ella estaba, bregando por el privilegio de oír a su voz, mientras invocaba con recortadas indicaciones a la naturaleza de lo que habían tenido.

El joven urdió y obtuvo el contralor de Francisco Guerra, al expulsar apreciaciones indebidas acerca de la mujer, que hasta entonces no había hecho comentarios (ni enmiendas) de lo que había pasado mientras el comandante se encontraba convaleciente. Sanattores se había atareado de tal forma, que no fue capaz de reconocer que aquello que fugazmente había obtenido, se debió al azar que conformó a lo pasmoso y extraordinario, y que, para ella, lo vivido debía prenderse a lo huidizo, ya que sería de locos convulsionarse por lo que debía quedar enterrado en una profundidad inaccesible. Leopoldo Sanattores transitó con infantil inocencia una dirección prohibida.

Por supuesto que no hubo confesiones que fueron escritas de puño y letra, pero Leticia Framiyon se vio obligada a confirmar las sospechas de Guerra, asintiendo que hubo algunas virulencias, y un problemático contacto a nivel físico (inmediatamente recibió una conmiseración expresa, "antes de emprender la vuelta victoriosa al campamento"). El hombre sopesó como enfrentarse a esa traición que había tenido lugar cuando su rol quedó relativizado por causas fortuitas. La mujer había sido

apadrinada por los aleteos de pájaros revueltos, que, sin embargo, contabilizaban como un derecho el desenvolverse sobre la selva como secretos espías, y desde lejos vio a las sonrientes figuras de los dos, cuyos machetes cortaban la selva que desparramaba sobre sus brazos a su espesa sangre verde. Esos inconscientes habían creído que en el mes de abril seguían las farsas del carnaval, y no trepidaron en pasar por alto a un guerrero terrible para después refregárselo en su cara.

Debido a esa crispada eventualidad, más tarde, cuándo orientó como un río a los recuerdos, la mujer se hizo oír mejor con la idea de los sombríos cursos que tomarían Pacheco y Sanattores. Se había encontrado sola en la imprecisión de la selva junto a un par de inadaptados... (se apropió de una voluntad de hierro que le permitió narrar al comandante Guerra lo que le ocurrió sin ser dominada por inhóspitos ataques de recato).

Esa cuestión envolvió al rostro de Francisco Guerra en cuyos gestos no incluyó vacilaciones: esos jóvenes no servían cómo soldados, y serían suplidos con otros que reuniesen los requisitos básicos.

Se enteró de lo que aconteció con la avidez de un clarividente, ya que esa sucesión de desarreglos había sido del todo predecible. Esos desgraciados se habían dedicado a destruir una por una a sus prohibiciones. En el preciso instante en que Leticia le planteó esa vulgaridad (las rencillosas violaciones que lo sacaron de quicio), se separó mentalmente de esos falsos camaradas, y decidió que ya no los examinaría porque ninguna rehabilitación era viable. Sin embargo, y antes que los necios emplomaran a sus pasos con nuevas anarquías, les dijo que la misión que les estaba a punto de asignar, serviría para negar enfáticamente que los ideales pudieran pudrirse.

Las amargas verdades cantadas sin estridencias por Leticia Framiyon, habían sido frías y breves, pero lo persuadieron a hacer algo de ilimitada envergadura, cuya exégesis correría exclusivamente por su cuenta. Aun estando estable, firme, y en sus pies, cuando estaba lejos los locos se arrimaban a Leticia con curiosas expectativas... especialmente Sanattores quién se hacía oír prolífero al lanzar unas cuantas ofensas que barnizaba con romanticismos.

Guerra lamentó la postración en el suelo de la que le costó levantarse, y el haber contraído amnesia en lo que respectaba al mundo. Esa involuntaria deserción fue lo que generó que los esperpentos se organizaran en su contra. La demencia de cortejar a Leticia Framiyon, la falta de lealtad, sus descaminadas ambiciones, seguramente les harían retraer sus abdómenes mientras que ceremoniosamente serían despojados de sus charradas militares... ¡Pero nunca habían sido soldados! (La fracasada misión de Francisco Guerra había sido la de prepararlos para que lo fueran en cuerpo y espíritu). Por lo que otra fue la astucia que el comandante Guerra pensó

con respecto a los lugares que Pacheco y Sanattores ocuparían en el futuro. El comandante desistió de eslabonar a mayores distancias en la selva, porque dentro de lo inútil de ese trabajo en él coexistían gastados alientos de su cuerpo con macilentas aprensiones. Al arrastrar sus pies sintió que esas horas eran como las hojas marchitas. Se estremecía por la detección de arácnidos que nunca se fatigaban de hacer sus rondas, y ubicándose frente a la palangana de agua con la que se asistía en la limpieza de su rostro, lo morbosamente que oía, era las risas de esos malditos que insistían en torturarlo.

Cuando se encontrase a noventa kilómetros de San José del Guaviare, en el campamento de la guerrilla, Francisco Guerra estaría dispuesto a declarar cosas buenas de esos muchachos (sin indiscreciones que se enrollasen con un palmario cansancio); los principales componentes de esa historia serán la heroicidad y el honor. Y una vez que finalizase de efectuar esa suma, demostrará que no habían pesado en sus cálculos las alimañas del error. Después, parlamentará acerca de los vientos húmedos que llegarían de lejos, y que con sus brutales estrategias estropearían la lozanía del paisaje.

IV

Desconociendo que se ubicaron en un inconsistente relieve, y sin escudriñar con desencajados ojos a la revelación (que no les fue dada) de que en un corto plazo serían considerados "héroes, Román Pacheco y Leopoldo Sanattores ignoraron lo que estaba a punto de ocurrir. A partir de un humo gris que osciló alto por los aires, dentro del terreno en el que Francisco Guerra fijó sus nobles metas, se les concedió, de un momento a otro, la dignidad más codiciada, aunque sus bajezas habían rotado por las matas como las de los rastreros roedores que salen de sus boquetes cuando encuentran que en el campo no hay impedimentos. Más adelante, el comandante dirá que no se amedrentaron por la desproporción de los números, sino que atajaron en las penumbras a las maníacas fuerzas del gobierno, ya que habían preferido eso a apacentarse como bueyes por trayectos pacíficos.

Se diría que, insertó en las idealizadas convenciones de la jungla, Francisco Guerra se hartó de esos ineptos, o se dejó llevar por sus ajadas predisposiciones. Aceptó que dos lunas se apagaran holgadamente en los cielos, y no impidió que Sanattores y Pacheco graznaran en acordanza con sus ánimos revoltosos. Durante esas cobrizas profusiones de tiempo sintió a algunas trombas de aguas que se diluían en las pastosas corrientes del aire. La humedad tropical se había adelantado y conformó a barros hercúleos. Francisco Guerra le explicó a Leticia Framiyon que con el afán de refutar los vicios de esos soldados (o sus imprecisiones), había elaborado algo promisorio con sus atascadas identidades; les daría una

orden que reflejaría que nunca hubo divisiones dentro de su guarnición.

Así fue como en un instante, y durante el reconocimiento de un terreno que aparentemente estaba vacío, el comandante Guerra les gritó con reposada furia que progresen en su posición, con el fin de implantarse en una zona en la que no debía haber tambaleos defensivos. A esa orden la arguyó con mucha sencillez, y fue cumplida mecánicamente. A gritos, Francisco Guerra les exigió que aligeraran sus pasos, y luego se detengan con el objetivo de no quedar aislados en ese visible rincón en el que no se alineaban árboles ni había obstáculos que se sobrepusieran a los matorrales. Algo acalorados, Pacheco y Sanattores cumplieron con ese objetivo. Cómo era lo usual, la mirada del sol era ciega, y en los pechos de los jóvenes palpitaban tensos anhelos. Y fue tal la rapidez con que transitaron los polvos y el fuego, que no dieron lugar a pedidos de auxilio de parte de quienes entraron en agonías. Claramente, la explosión de la granada arrojada por Francisco Guerra consiguió su pretendido resultado, y este, echado cuerpo a tierra, murmuró lo que Leticia le había dicho durante sus confesiones morbosas: "Lo peor quedó atrás".

Cuándo surgieran rimbombantes aniversarios de ese día, la FARC festejará a Pacheco y Sanattores como los heroicos combatientes que habían caído en una embocada tendida por el ejército regular. Los verá como dos jóvenes idealistas que no se dejaron seccionar por las bajezas y tuvieron la generosa disposición de hacer un total sacrificio. Ganarían al galardón máximo: la transparente reputación de héroes. Pero antes, al hacer un breve examen, Francisco Guerra se levantó del suelo con lentitud y un restringido contentamiento. De más está decir que no salieron de su garganta truculentas voces victoriosas, ni frases que pusieran al descubierto que su odio era implacable.

Leticia no celebró ese desmenuzamiento, y razonó con naturalidad que eso ocurrió por la torpeza de ese muchacho gigante: Leopoldo Sanattores, que, en vez de dar por terminada la relación se la pasaba mirándola sin sentido. Por su torturada ansiedad se había labrado ese destino, cuando restaban penúltimas horas para llegar a la Base. Por supuesto que ella le dio al comandante Francisco el juramento inviolable de dar fe que esos jóvenes fueron buenos, campechanos, y habían juntado como excluyente patrimonio a una enorme parva de heroísmo.

Silenciosamente, Leticia y Guerra volvieron a donde se alojaba una rama de la guerrilla, con trabadas respiraciones y mochilas que cargaron sin quejas. Ahondando la depresión que se le formaba en la frente, el comandante le señaló a la mujer que la travesía había terminado, y que las sepias que se veían en el cielo (de un color híbrido), no se atrasarían en convertirse en una impiadosa tormenta.

Fin